

EL HOMBRE ESPEJO

EN los libros de Historia, ó más bien en los que pretenden hacer lo que se ha llamado Filosofía de la Historia, suele hablarse, á las veces, de época ó período de transición. Y esta es una de tantas expresiones consagradas que carecen de verdadero sentido diferencial ó definitivo. Y decimos diferencial ó definitivo, porque lo que define, diferencia. Sólo cabe definir algo diferenciándolo de lo que no es ello. Y así, sólo cabría definir un período de transición, diferenciándolo de los períodos que no sean transitivos. ¿Y cuál no lo es? ¿Qué período no es de transición? ¿Qué hoy no es la transición de un ayer ó un mañana? La Historia misma es una transición permanente. Efbamos á decir que eterno.

Período de transición es tan indefinido término como el de período de decadencia. La Historia siempre está decayendo ó siempre ascendiendo, según de donde se le mire. En Historia pura, como en Geometría, no hay arriba ni abajo, ni delante ni detrás, ni izquierda ni derecha. Todas estas categorías dicen relación á la posición del observador, y aun si éste fuera redondo y homogéneo, no sabría decir cuál era su izquierda y cuál su derecha. Como en una embarcación redonda, ó aunque fuese lenticular, sin diferencia de popa ni proa, y que estuviese quieta, nadie sabría decir cuál banda era de babor y cuál de estribor.

Todos los momentos históricos son de transición, y no lo es ninguno. Depende el sentirlos de un modo ó de otro, de que quien los sienta tenga el sentimiento de fugacidad ó el de permanencia; que las olas que van y vienen — parece que van y vienen, pero sólo ondulan — no le dejen sentir el mar, ó que la sensación del mar le haga no cuidarse del vaivén de las olas. O se vive en el mar, ó se vive en su oleaje. El mismo que dijo para siempre que todo fluye, pudo haber dicho, que todo es uno y lo mismo. Un gran río no es menos cerro ni menos permanente que una gran montaña. Y no por el cauce sólo.

Pero es cosa terrible cuando los espíritus de los hombres, sintiéndose desprendidos de sus raíces tradicionales, se creen á merced del oleaje ó acaso de la avenida, y diciéndose: «Estamos en un período de transición, en una época de cambio», se agarran á la primer tabla flotante, se suben á ella y se ponen á jugar allí para distraerse de la eternidad. Y hoy asistimos en gran parte á un espectáculo semejante. Y ni sabemos gozar del momento que pasa. Gozarlo, comprendiéndolo y en comprenderlo.

«Esto tiene que acabar» — se dice —. Y «¡así no se puede seguir!». Y con que el puro se tiene que acabar, los unos arrojan buena parte de él, como colilla, y los otros se ponen á apurarlo en bocanadas, sin suspensión de deleite, sin sosiego, sin paladeo.

«Ahora vivimos en un año siglos» — se oye decir —, y los que así dicen pretenden vivir muy de prisa. Pero no se percatan de que vive más

tiempo — ó, mejor, más eternidad — en igual medida cronológica el que vive más despacio, no el que vive más deprisa.

¡Ah, los que se empeñan en que nos precipitemos! «Lánzate — dicen —; mañana acaso sea tarde; ahora es el momento!» Y no saben que una vida de honda contemplación expresiva, de contemplación pública y compartida y hacia fuera, es toda una obra; es más obra que un lanzamiento. Y la obra mejor que un hombre puede legar á sus hermanos, es su vida como ejemplo y como visión.

Milton, ya ciego, compuso un admirabilísimo soneto á su ceguera, en que, lamentándose de que nada podía hacer ya, concluía diciendo que también le sirven á Dios los que sólo están aguardando

they also serve who only stand and wait.

Sí; y éstos también sirven á sus hermanos, á sus conciudadanos, á sus semejantes. Porque si hay un ejemplo de acción, le hay también de contemplación, y María escogió, según el Cristo, la mejor parte. ¿Qué sería de Marta sin María? A Marta, sin María, se le pegaría á diario la pitanza al fondo de la cazuela, ó se le quemaría el puchero, ó la legía le abrasaría la ropa. Como las hormigas dejarían de allegar provisiones si no oyese cantar á las cigarras. Y esto, aunque crean no oírlas.

Tiene que haber quien recoja la transición, la Historia, y la haga intransitiva, eterna, mientras entre el embravecido oleaje de la inundación hay quien se pone á tragar agua por miedo á morir ahogado. Que se da este caso.

«¡Esto se va!» — exclaman —, y se van á ver el cine. ¡El cine! Espectáculo característico para una Sociedad dominada por el sentimiento de la transición. ¡Y espectáculo mudo, para sordos! Para sordo-mudos, más bien. De donde se acaba creyendo que la Historia viva, la presente, la siempre presente, es cinematografía muda y que nada dice. Y así, nada queda de ella. Porque en la Historia, lo que realmente queda es lo dicho, es la palabra. El hado mismo, el *fatum*, es lo dicho; lo dicho y no lo escrito.

En el principio fué la Palabra, el Verbo, el Logos, y no la Letra, no el Gramma. Y la Palabra, que fluye como el río, es tan permanente como la Letra, como la montaña; es más permanente. Sobre todo cuando se hace océano, cuando la Palabra es Mar.

¿Y de todo esto, qué? Pues que no nos preocupemos tanto de la Sociedad futura y gocemos de la Humanidad presente, y que los que nos hacen ver y sentir lo de hoy, lo que hay, el agua de debajo de las olas, nos sirvan tanto ó más que los que están destruyendo lo de ayer para construir lo de mañana. Sobre todo, si nos enseñan á contemplar.

El hombre ha de aspirar á ser espejo.

Miguel de Unamuno.

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA
CREDOS USA